



ACTITUD

GRUPO LITERARIO LOS INÚTILES RANCAGUA, CHILE 1998

COMPOSICION DEL GRUPO «LOS INUTILES» AÑO 1998

Almirantes Ausentes

- Augusto d'Halmar
- Angel Cruchaga Santa María
- Lautaro Yanka

Almirante Presente

- Juvencio Valle

Contramaestre

- Raúl González Labbé

Marineros Presentes

- Juan Villalobos Narbona
- Eliana Vigorena de González
- Francisco García Martínez
- Ximena Burón Miranda
- Vania Urrutia O'Neil
- Luis Agoni Molina
- Luis Fernández Zúñiga
- Esteban Valenzuela Van Treek
- Germán Ruz Baeza
- Ernesto Rosson del Pino
- Agustín Zumaeta Basulto
- Alberto Urbina Verdugo
- Luis Gaona Acuña
- Sergio Bueno Venegas
- Hernán Navarro Guzmán
- Salvador Benadava Catan
- Santiago Benadava Catan
- Auristela González
- Matías Rafide
- Isolda Pradel
- Edmundo Concha

MARINEROS AUSENTES

- Oscar Castro Zúñiga
- Luis Aníbal Fernández
- Nicomedes Guzmán
- Héctor Sanhueza A.
- Manuel Méndez Bastidas
- Carlos Pérez O.
- Roberto Parada

- Félix Miranda Salas
- Gustavo Martínez Sotomayor
- Carlos Zapata
- René Leal
- Oscar Vila L.
- Héctor Miranda
- Daniel Belmar
- Gustavo Vitar
- Sergio Drago Iturriaga
- Gonzalo Drago Gac
- Fernando Riveros Barahona
- Homero Bascuñán
- César Sánchez

BOCETOS DEL CAMINO REAL

La parábola del sembrador es la misma de ayer, de hoy y de siempre. La van esparciendo los grupos culturales a lo largo de nuestra latitud.

Se dice que en un viejo bodegón rancagüino nacieron LOS INUTILES, desprendiéndose del antiguo Círculo de Periodistas. Fue el 20 de octubre de 1934. Pero ¿era posible sembrar cultura en una ciudad minera?

La rama desprendida sobrepasó a la planta vieja. La savia ascendía por canales renovados; el follaje verde quería darse al viento de la comarca, aunque fuera helado, aunque fuera hosco, y aunque en ello se le fuera el tiempo.

Sobre la tierra nuestra, como en otras regiones de la patria, hubo valiosos afanes culturales. Generalmente no perduraron. Los deshojó la incompreensión, la pirca cerrada, la aridez del medio en que les cupo formarse. El propósito era arar. Ya en la mar o en el desierto mismo. Ni en lo uno, ni en lo otro. Así lo estimaron los visionarios de ese ayer. Había que talar la zarza y gavillar la niebla. Y sin aspavientos se comenzó a sembrar. «Alguna semilla debía caer en buena tierra».

Los frutos se fueron dando. No importó la inclemencia ni la puerta cerrada; ni el abrojo insulso ni la esquirra indolente. Año tras año se fue entregando un frutecer constante.

Se sabía. Siempre se supo que la cosecha sería escuálida; acaso, apenas perceptible. Pero persistente, gota a gota, como el agua en la gruta va forjando estalactitas. Es esto lo que se ha ido haciendo en pro de la cultura, en una ciudad minera.

Luis Gaona Acuña

RAUL GONZALEZ LABBE: UN INUTIL VIRTUOSO

Por Esteban Valenzuela Van Treek

Usted es el último inútil y único político que hemos aceptado por sus méritos literarios, no vaya a pensar que tenemos interés en incorporarlo por su cargo de alcalde; no nos interesa el poder, no tenemos organización, no necesitamos dinero, todo lo hacemos porque queremos apoyar la cultura; si usted acepta este código de hermandad va a ser un buen inútil».

Con esas palabras enérgicas, con ese tono finamente irónico que le es propio, Raúl González Labbé me dio en 1993 la inesperada noticia de mi aceptación en el mítico Grupo Literario Los Inútiles, del cual «Don Raúl» sin desearlo se había convertido en su «primus inter pares», en el líder que se niega a reconocer su «autoridad» pero «manda en el silencio». De hecho, tras el homenaje de cada Primero de Noviembre a Oscar Castro, en el almuerzo anual del grupo en Machalí -entonces, bajo la acogedora y estética atención del pintor Germán Ruz-, todas las miradas apuntaron a Don Raúl para que procediera a cumplir la tradición no escrita de hacer tres preguntas impertinentes al nuevo miembro de la cofradía cultural. No es posible repetir las preguntas y menos las respuestas- la inutilidad nuestra nos hace renegar de las normas aunque en forma silente se me haya hecho saber que ese diálogo sería secreto e inmortal en su recuerdo oral-. Don Raúl hizo gala de su inteligencia, de su voz punzante, de su sano escepticismo, aquel que hace dudar de las verdades totales, que incentiva la crítica y da libertad.

Don Raúl sigue siendo el «virtuoso» de Los Inútiles, a pesar de la enfermedad que le afecta y que le hizo emigrar de su amada Rancagua para tener los cuidados de sus hijos en Viña del Mar. Él encarna por esencia lo virtuoso de este grupo que se formara por allá por los años treintas, como lo leímos por primera vez en su entrañable obra en homena-

je a Oscar Castro «Luz en su Tierra»: Promoción de la cultura para enaltecer el espíritu (desde su incorporación al Grupo en su época de oro, cuando de la mano de Hernán Navarro y Ernesto Rosson, entre otros, organizaba periódicamente actividades culturales en la ciudad), generosidad y pasión por la camaradería (junto a su esposa acogió en el viejo caserón de Avenida Cachapoal las tertulias inútiles), espíritu libertario (fustigó las dictaduras de derechas e izquierdas), autenticidad y creatividad (se atrevió a ser diferente, lo que le hizo para algunos colegas «extravagante» y para muchos admirable; un ejemplo fue el grillo que representa a Los Inútiles y que él hizo pintar en el portón de su casa, obligándonos cuando niños a preguntarnos por qué un insecto allí y por quién osaba innovar con ese tremendo detalle en el deambular por las calles de Rancagua).

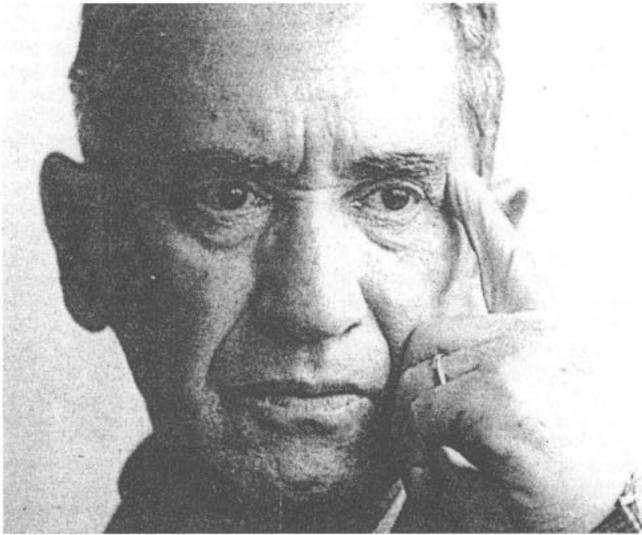
Necesitamos recuperar la lección de virtuosismo en la literatura y en la vida que es Don Raúl González Labbé. Luis Agoni en una notable crítica a la obra de Don Raúl reconoce toda la creatividad y valor literario de sus cuentos campesinos, pero a su vez universales al convertir personajes y anécdotas en historias trágicas, de cierto humor negro, que son tópicos desde la Grecia clásica. Sin embargo, la novela «El Remate» nos parece excepcional, en la cual Don Raúl supera el costumbrismo criollista para hacer una obra urbana, pletórica de personajes en situaciones límites, con ambigüedades, como se escriben las grandes novelas que se apartan de lo obvio, lo maniqueo y lo estereotipado.

Qué más decir. Tan sólo agradecer en vida a Raúl González Labbé y decirle que trataremos de acercarnos a su virtuosismo inútil. Lo que no podemos hacer ni nadie, es repetir su pluma, su palabra, esa mirada irónica y amable, libertaria, inconformista, la de un hombre excepcional.

EL ULTIMO VIAJE

Dentro de las cuatro tablas negras, con las manos juntas sobre el pecho, está él, inmóvil, pálido, apagada ya definitivamente su voz. Nunca más andará por las calles con ese estilo suyo que revelaba un falso pasado marinero; no volverá ya a reír estentóreamente en los corrillos; ni tampoco tornerà a buscar la soledad, según era su costumbre, para sufrir el peso de un nuevo desengaño.

No podemos continuar más rato dentro del silencioso recinto, tan poblado de caras concentradas, y ganamos la calle. Afuera hace un frío transminante y una neblina espesa y movediza impide distinguir el exacto contorno de las casas. Caminamos lentamente calle abajo Divagando.



He ahí cómo un hombre, un hombre que era nuestro amigo, desaparece para siempre. Vulgarmente, solememente, irremediablemente. He ahí, en ese detalle decisivo que constituye la obstrucción de la aorta, el punto final de una larga y accidentada existencia. Sí; he ahí la muerte. ¿Puede haber algo más cierto que ella?

Y, sin embargo, salvo en ocasiones como la presente, jamás la recordamos. Nunca caemos en la cuenta verídica de que un día, a determinada hora, en un segundo exacto, emprendemos también el último viaje. Hemos olvidado frívolamente las palabras sin vueltas que Artzibacheff hace decir a Sanin: «Total, hacia donde quiera que vaya sólo me esperan la vejez y la muerte». O si las recordamos es únicamente para cumplirlas al revés. Dándole siempre la contraria. Actuamos, en efecto, como si tuviéramos toda la eternidad por delante. Y hay momentos en que, incluso, llegamos a creer-

nos personajes centrales de la comedia humana. ¡Cómo si, frente a la eternidad, tuvieran alguna importancia nuestras microscópicas jerarquías y diferencias!

El Campanario de una iglesia anuncia las nueve de la mañana. El barrio exhibe ya su comercial vitalidad. La vida aparece optimista en todas partes: en

aquel dueño de negocio que levanta su cortina rechinante pensando en que ese día hará la mejor venta del año; en ese galopín que corre pregonando a voz en cuello los nombres de los diarios llenos de noticias; en aquella mujer joven y frutal que se dirige a la oficina dejando a su paso una estela de ansias contenidas. Es «la vida, simplemente», como decía el poeta rancagüino Oscar Castro.

Todos, como puede verse, vivimos preocupados únicamente en reafirmar nuestra propia existencia, sin pensar jamás en el inevitable y silencioso punto final. Y -en definitiva- tal vez sea mejor que así ocurra. Que nadie se vuelva nunca hacia el recuerdo de la muerte. ¿No correríamos así el riesgo de quedarnos detenidos en mitad del camino, indiferentes a la lluvia y al sol de nuestra suerte? Y al margen de cualquiera filosofía, la vida hay que vivirla en plenitud. Pues justamente para eso nos ha sido dada

Edmundo Concha

CONSEJO CHILENO DE LA MUSICA

SEXTA REGION

Ernesto Rosson

Se constituyó recientemente en Rancagua, una filial del Consejo Chileno de «La Música para la VI Región».

Este Consejo con carácter de autónomo, es la concreción de una aspiración de siempre de los músicos.

Por más de 500 años en la historia de nuestro país, no se había estructurado una organización a nivel nacional de esta noble actividad que es la música. Como un solo «continuo» integrado, donde confluyen la música étnica, folclórica, popular y docta, fue constituido oficialmente el Consejo Regional. Tiene autonomía para operar en las diversas expresiones musicales, es dependiente del Consejo Chileno de la Música, Corporación sin fines de lucro que junto a más de 70 países de los cinco continentes, pertenece al Consejo Internacional de la Música (CIM) dependiente de la UNESCO.

Desde 1984 en adelante el Consejo promovió y realizó varias actividades musicales, pero, fue de 1993 cuando realmente asumió su rol a nivel nacional, trabajando descentralizada y sistemáticamente por el desarrollo y progreso de la vida musical chilena en general.

Precisamente, este nuevo capítulo Regional, responde a la idea fundamental de crear una red interactiva de instituciones y agrupaciones asociadas, para unirse coordinadamente en un «proyecto del país», cual es hacer de Chile un país musical organizado. Se trata en otras palabras de aunar esfuerzos respetando el perfil de cada miembro, intercambiar experiencias y conocimientos, apoyarse y potenciarse unos con otros y estar oportunamente informados, establecer convenios de colaboración recíproca, etc. Su plan de acción se puede sintetizar en cuatro objetivos fundamentales:

1. Conquistar un espacio para la música chilena y universal, que sea real y permanente en la vida cultural de nuestra sociedad.

2. Estimular la recreación, educación, interpreta-

ción, investigación, difusión, conservación y enriquecimiento de nuestro patrimonio musical.

3. Promover la descentralización de la vida musical chilena, buscando una relación de interdependencia, reciprocidad e igualdad de oportunidades entre las regiones.

4. Crear una estructura orgánica construida desde la base, partiendo con la práctica y exclusiva de los niños, de tal manera de contar con un soporte cultural pedagógico que le dé sentido, continuidad y permanencia a los proyectos y actividades musicales que se realicen en el país.

El Directorio Regional quedó constituido por las siguientes personas:

- | | | |
|----------------------|---|--|
| Presidente | : | Ernesto Rosson, profesor de música y guitarra clásica de dilatada trayectoria. |
| Vice-Presidente | : | Ximena González, pianista y profesora. |
| Secretaria | : | Daysi Miranda, también pianista y profesora. |
| Tesorero | : | Juan Nelson Sequel, de San Vicente de T.T. |
| Directores | : | Guillermo Burgos de Santa Cruz.
Miguel Gutiérrez, Director de los conjuntos folclóricos «Grillitos» y «Graneros» y Marco Landeros, músico y profesor. |
| Relacionador Público | : | Alvaro Garrido, Periodista y conductor radial. |
| Coordinador General | : | Gabriel Matthey, quien representará al directorio en el Consejo Chileno de la Música. |

Si bien nace en Santiago, toda su niñez transcurre en Rosario Lo Solís, en Colchagua, donde sus abuelos habían dejado en herencia algunos terrenos que precisaban ser explotados en beneficio de la familia.

Las preparatorias las realiza en la escuela de La Estrella, continuando en el Instituto Zambrano, del barrio Estación Central, de los H. de las Escuelas Cristianas. El segundo ciclo de humanidades lo realiza en el Liceo de Aplicación de Santiago.

Asiste a un curso de bibliotecario ofrecido por la Universidad de Chile. Se matricula en la Escuela Normal José A. Núñez, estudios que muchas veces interrumpió a consecuencia de las labores del campo familiar.

Se compromete con su prima, Berta Acuña, con quien contrae nupcias; los detalles de su relación con su inseparable y recordada compañera, las escribe en una novela que permanece inédita.

Gracias a las gestiones de un familiar que trabajaba en el Servicio de Seguro Social en Rancagua, le entregan unas horas de clase en el anexo del Liceo de Hombres. Aquí conoce a Oscar Castro Z., quien llegó a renunciar a algunas de sus horas de historia, para que Luis Gaona pudiera quedarse practicando su vocación de maestro. De igual forma lo incorpora al cuerpo de profesores que mantenía el Liceo nocturno. Entre ello nace una amistad y mutua admiración que perdura en el tiempo.

En mérito a sus esfuerzos y los cursos esporádicos, logra el reconocimiento de profesor primario. Con esto podía dictar clases de castellano hasta el tercer año de humanidades.

Se retira de la docencia luego de obtener su jubilación en el año 1977.

René Leiva Berríos.

Bajo este mismo cielo, sobre este mismo espacio se erguía el Liceo Antiguo. Era un vetusto caserón con estampa de labriego: recio y campechano. Había cruzado ya los umbrales de su existencia.

Las cosas, como los seres, también tienen su otoño. Un día, cualquier día, se inicia la caída de sus hojas. El otoño es el comienzo del olvido o la puerta del regreso hacia la tierra.

Ese caserón antiguo fue regazo y horizonte de muchas generaciones; su presencia emerge siempre nítida, viviente en quienes le llevamos intacto, inolvidable mundo adentro.

Tras la mole de una vieja puerta, el vestíbulo daba a los amplios corredores; en ellos, la adolescencia dejaba su algarabía, su desenfado, su inquietud. Y el viento del sur en los inviernos, lo trajinaba con su poncho helado; o bien, era la huasca de la lluvia o las esquirlas del granizo que herían su pavimento.

Una figura, fina y magra, nos dejó el tiempo. Sus pasos fueron y volvieron por esos corredores. Un poema, un personaje o un ambiente surgieron de alguna vivencia allí grabada. Entonces el poeta tenía escrito ya, en su mirar el barbecho de la muerte.

En la Biblioteca había quedado no sólo su nombre y su recuerdo; sino, además, un campo sembrado para la convivencia, y en donde fructificaban los trigales hasta darse en puro pan de amistad. La vieja salamandra, en una esquina, parece que aún pusiera un cendal de tibieza en aquel ambiente sin olvido.

En primavera, los durazneros nevaban el primer patio. Eran sus copas felpa blanca o plumaje de garzas o velamen de ensueño. Las manos de alguna mujer solían cortar, furtivamente, ramos de armiño.

Este era el patio. Aquí crecieron durante largos años unos rosales de hechicería. Solamente las piedras no vieron sus botones en llama o sus lunas dormidas. ¡Rosas rojas y rosas blancas junto a la vieja pileta! Ya no estaban; se habían ido antes; si algo quedaba era sólo el rastrojo de su belleza.

Este era el patio. Esta es la tierra que guarda recuerdos. Sobre esta tierra volverán las plantas a tejer su follaje. Volverá la vida a fluir de nuevo.

BOCETO EN GRIS LEJANO

Aquí paró su vuelo
un corazón de abeja.

Oscar Castro

Ahora también es primavera. La brisa juega de nuevo en los jardines y estiba de aromas su dócil transparencia. El cielo se puebla de palomas y en los aledaños, singlan su blanca arboladura los almendros.

Aquí es Rancagua: su pueblo, su tierra; por la vieja urdimbre de sus calles le vimos o fuimos con él un día. Han florido los rosales muchas veces. Aca-so sean ocho lustros. De la esmirriada figura de entonces no queda ni una brizna. Una gota de agua diluida en el agua de la tierra. Y nada más. Y una piedra, y su nombre. Algún recuerdo afable dicho en la superficie de los días; así como la onda circular que en el agua forja la caída de una piedra; así, al azar.

¿De qué le sirvieron las siembras azules y las eras en promisión de espigas? ¡El tiempo, camuflado de olvido, se acuesta a la orilla de las horas!

¿Cómo quemó su sangre en las praderas del alba! Lo mismo que su lámpara; y sin ver la zarza que trepaba la débil armazón de su cabaña. ¿Quién vertió leche en su vaso? ¿Quién le tejió un cobijo de lana para los álgidos inviernos? ¿Quién le soñó una estancia en la montaña o una acogedora veranda junto al mar?

¡Fue sólo el arriero de una recua de estrella, fustigado siempre por la aridez de los caminos!

Ya estaba, me digo, transparente para el vuelo de las flechas. Llegaron sin apremio a posarse en el barbecho abierto en sus pulmones, lo mismo que gitanos que acampan en un erial abandonado.

Murió cuando noviembre amanecía; tuberculoso, en una cama de hospital.

Hoy también es primavera; como ayer, hay cielo claro, y palomas, y una brisa tibia jugando en los almendros.

Luis Gaona Acuña

HISTORIA DE UN INUTIL

Es una mañana de primavera. En el campo santo - desde 1 de noviembre- se reúnen los deudos en recuerdo de sus muertos. Junto a la tumba de Oscar Castro, algunas personas guardan respetuoso silencio cuando el coro interpreta una melodía llena de nostalgia. Son los escritores pertenecientes a «Los Inútiles». Después vienen discursos, se recita y la figura del poeta emerge en el recuerdo, en el corazón.

A la salida, estos escritores se dirigen a Machalí. En un verdadero palacio de arte -bellamente decorado con óleos, dibujos, esculturas- se dan cita, para conmemorar otro aniversario del fallecimiento del autor de *La Vida Simplemente* y cumplir con el sagrado rito de la camaradería. Ahora, tiene un acontecimiento especial: ingreso al grupo, cumplido el «bautizo» de rigor. Son tres preguntas que debo responder con ingenio. Desde antes me siento descalificado dada mi pobreza de inventiva y espontaneidad.

-¿Por qué Arica está al norte?- interroga Raúl González Labbé y queda un silencio expectante.

-¿Qué curioso! -digo- cuando viví en Tacna estaba al sur.

Sonrisas y escasos aplausos.

-¿Qué echa de menos en este «bautizo»?- es la voz de un desconocido.

-A mi mamá que me trajera en brazos- trato de ser chistoso.

Menos sonrisas y más aplausos.



-¿Por qué te eligieron para entrar a «Los Inútiles», siendo bueno...-

O es la consulta del otro lado.

-En este mundo perverso, ser bueno es ser inútil... Hay risas, abundantes aplausos y unanimidad en mi incorporación: con un poco de vino echado en la mollera, palabras cabalísticas o en sánscrito, quedo bautizado... de inútil.

Continúa el almuerzo, se conversa en voz alta hasta cuando mi hermana Sonia, empieza a rasguear la guitarra y canta, un poema musicalizado del poeta: «Yo me podré a vivir en cada rosa/ y en cada lirio que tus ojos miren/ y en todo trino cantaré tu nombre/ para que no me olvides./ Si contemplas llorando las estrellas/ y se te llena el alma de imposibles,/ es que mi soledad viene a besarte/ para que no me olvides...»

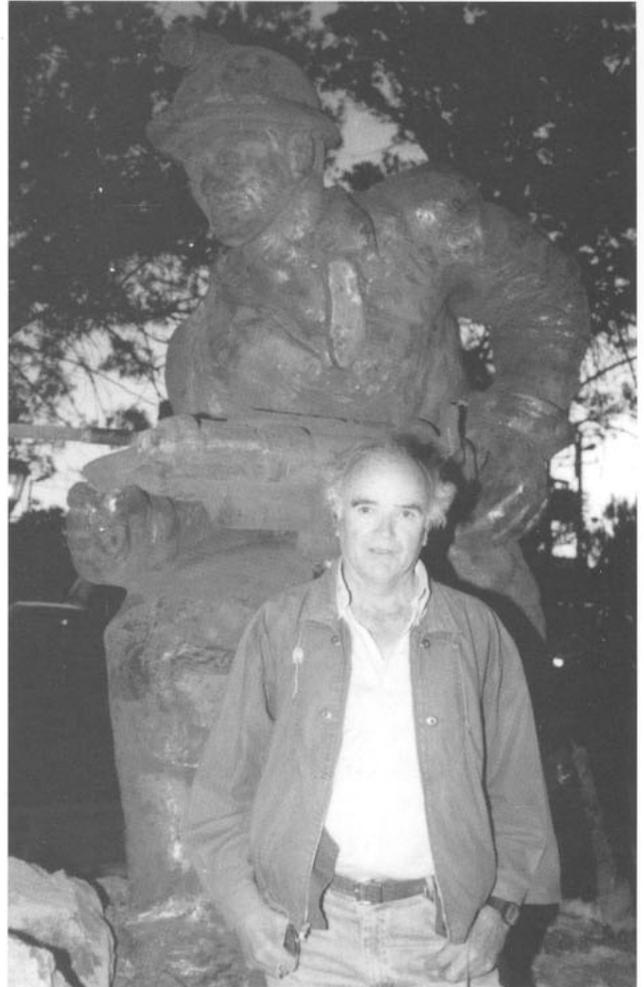
En seguida, las remembranzas. Evoco los tiempos cuando era alumno del Liceo de Hombres y un hecho muy significativo: «durante las horas de clases de los martes, Oscar Castro nos lee cuentos, sin más exigencia que escucharlos, creando así sólo una atmósfera a favor de la literatura, sino que dándonos la ocasión de gozar de la belleza de la palabra escrita y hablada. Posiblemente, estas clases me fijaron un destino.

He participado en las romerías siguientes, refiriéndome a su narrativa. Dije en una oportunidad: «Más de alguna vez, alcancé hasta la biblioteca del Liceo -«establecimiento que lleva su nombre- y, ante la ausencia del libro que buscaba, me entregó uno de su propiedad, incentivando el amor por la lectura. Así también, jugábamos ajedrez, compartiendo, más que la contienda de un juego, un clima de amistad y estimación».

En el presente, tengo cinco libros publicados (*Después de la Jornada, Tiempo sin surco, Historias contadas a dos dedos, El Centinela, Rastrojos*), otros inéditos; soy el encargado del Taller para el adulto mayor en la Casa del Escritor, sede de la Sociedad de Escritores de Chile, en Santiago. Sin duda que el origen de este hacer tiene su nacimiento en las clases de los martes en el viejo Liceo...

Sergio Bueno Venegas

GERMAN RUZ BAEZA



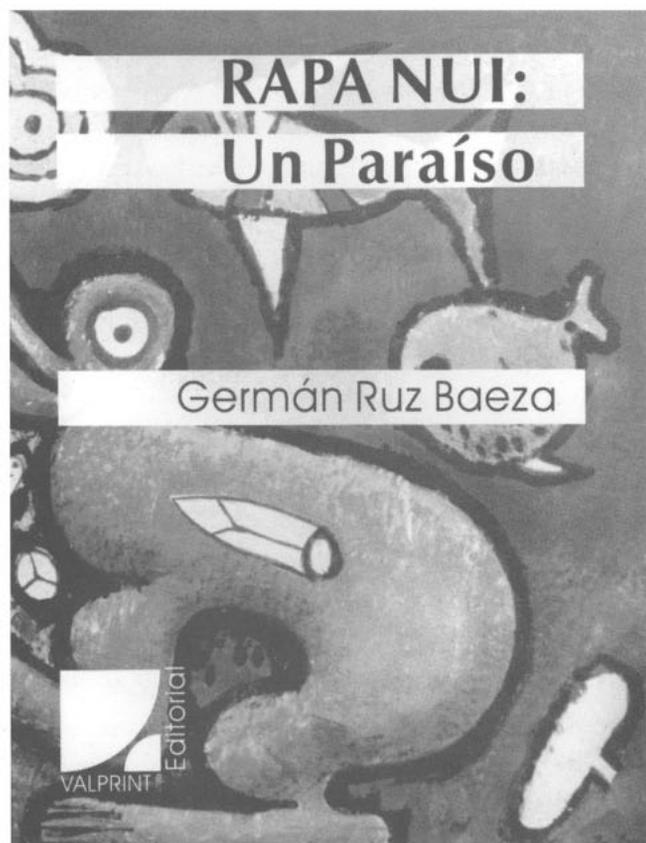
Nace en la Compañía de Graneros, hace 60 años. En 1965 comenzó su carrera como pintor y ha expuesto en forma personal más de 30 veces y colectivamente una decena de muestras por ciudades como Rancagua, Santiago, Valparaíso, Temuco, Coyhaique, Iquique, La Serena, Los Andes, San Antonio, Rengo, Pichilemu, San Fernando y muchos pequeños pueblos, incluso en la Isla de Pascua. En el extranjero en Brasil, Ecuador, Puerto Rico, Argentina, Perú, Miami y en junio de este año, en Málaga, España.

Fue alumno libre del maestro Israel Roa V. premio nacional de Arte durante cinco años. También recibió clases de Alfonso Puente G., destacado acuarelista y muralista que falleció prematuramente. El escultor Francisco Gacitúa C. lo inició en el arte

de esculpir madera, greda y metales en los años 1972 - 73.

Dibujante destacado, diversas ilustraciones suyas adornan libros, revistas y diarios. Retratista, bocetos al carbón, sanguina, zepia, etc. están en hogares de varias partes del mundo, pues en Isla de Pascua se mantuvo con el producto de la venta de estos trabajos. Destacado caricaturista y excelente fotógrafo. En escenografía ha realizado monumentales y artísticos trabajos en estadios, gimnasios y plazas de la región. Como se aprecia un hombre de gran plasticidad artística.

Actitud, el tradicional órgano del grupo Los Inútiles lo ha tenido por varios años como su único ilustrador, condición que aprovechamos de agradecer, pues sabemos que el pincel y el lápiz de Germán permanecen siempre dispuesto a regalarnos con su mejor técnica en los proyectos que emprendamos en bien de la cultura y la convivencia regional.



«LOS ÍNTIMOS METALES»

Sonetos de Homero Arce

Con motivo de la visita del Presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso a Chile, se desarrollaron las II Jornadas Culturales. Una exposición de 100 acuarelas y dibujos de Emiliano Di Cavalcanti; una charla sobre arte moderno, por la Directora del Museo de la Universidad de Sao Paulo, doctora Lissbeth Rebollo; un taller de grabado por el pintor Calasans Neto dirigido a artistas jóvenes; y la presentación de la publicación de «Los íntimos metales», en su segunda edición, de Homero Arce y traducidos al portugués por el poeta brasileño Thiago de Mello, con ilustraciones de Pablo Neruda. La importancia de la edición original que se realiza en diciembre de 1963, así como la reedición, la expresa muy categóricamente el señor Embajador de Brasil, don Guillermo Paranhos, cuando señala las estructuras culturales de nuestros países, se rescata un testimonio que revela una faceta prácticamente desconocida del gran poeta Pablo Neruda.

Señala el señor Embajador: «Sin caer en el pecado de la exageración, creemos que ésta es la primera y única vez que Neruda ilustra a uno de sus colegas poetas. Homero Arce, hombre de gran sensibilidad, formalmente secretario del poeta, cumplió una labor que según los documentos que intentamos presentar en este trabajo, en mucho excedió a lo que formalmente podría indicar la palabra 'secretario'. «En lo que a nuestra literatura regional respecta, he recurrido a las páginas 22 a 26 de: *¡Gusto de conocerte, Pablo!*, para señalar el período en que Homero Arce caminaba por las polvorientas calles de Rancagua, trabajaba en la oficina de correos y participaba con su tradicional reserva y distinción en el movimiento literario de Rancagua.

Nunca escuchamos de Homero alguno de sus sonetos de *los íntimos metales* pero en esa inspira-

ción secreta, que pasea por varias ciudades, creo que hay mucho de esa reserva que sus amigos todavía le recordamos por sus especiales cualidades. «Para unos fui canto sumergido,/raíz sombría, soledad secreta,/para otros un pájaro perdido». Testigo cada tarde del paso del tren de los mineros, de sus materiales y fruto de aquella motivación en relucientes lingotes de cobre que era la calle Millán en su costado norte, algo y mucho le debe haber impresionado, pues una visión de calle la conserva «alegre, alegre o triste, no deja de ser bella,/a mi calle que el viento le ha besado la boca/la protege, en las noches, una inmóvil estrella».

Pasaron los años y le vemos en aquellos cuadernos. Luego supimos de él oficiando en isla Negra de secretario y amigo de Pablo; un trabajo que voluntariamente y con ejemplar responsabilidad había asumido cuando el poeta nuevamente vuelve de sus funciones diplomáticas.

Aquella valiosa colaboración la agradece el poeta: «por cada trabajo/en que resucitó mi poesía/gracias a tu dulzura laboriosa».



*Homero Arce:
Los Intimos Metales*

Raíz de la Poética de Oscar Castro Z.

Eramos tres las alumnas que estudiábamos recitación, para llegar a ser buenas actrices. Por lo menos así decía nuestros profesor.

Un día Dilve, una de mis compañeras de estudio, me entregó una hoja de revista que traía un poema titulado «Tierra de los Caminos». Bella poesía, pero estaba incompleto. No tenía el nombre del autor. Me gustó tanto que la incluí entre las poesías que teníamos en estudio. Desde ese momento la búsqueda del autor se convirtió en una obsesión; tardé algunos meses en tener noticias; pero al fin llegaron. Nunca pensé que estaba tan cerca de mi casa, es decir, donde vivían mis padres en Rancagua.

Tampoco imaginé que ese fragmento de poesía abriría un camino en mi vida. Pero no el camino que yo deseaba. Tampoco fue un camino sino un paréntesis que guardaba muchas sorpresas.

Fue un camino no soñado, ni menos esperado.

Las noticias que llegaron a mi respecto al fragmento, fueron vagas de todas maneras decidí seguir la búsqueda yo sola. Mis padres vivían en Rancagua, eso facilitaba mucho mi tarea. Además, Rancagua era un pueblo minero y pequeño. Todos estos detalles me dieron la seguridad de que encontraría el poema completo.

En Independencia, calle principal de Rancagua, encontré un local separado en dos; un lado lo ocupaba un señor que vendía discos musicales y en el otro se vendían libros.

- Esta es la librería que me dijeron. Pensé.

Entré con mucho cuidado al establecimiento. El vendedor y el cliente conversaban muy interesados, el tema de un libro que el vendedor no tenía.

- Ya le digo, el libro es muy bueno, si le interesa lo encuentra en la librería en la mitad de la otra cuadra.

-¿Cómo dijo que se llamaba?

- El Infierno de Barbusse.

- Gracias.

- Señorita ¿en qué puedo servirle?

- Perdón, no vengo a comprar. Buco al autor de un fragmento de poema, que tituló tierra de los caminos.

Guardó silencio mientras me observaba minuciosamente, un poco sonriente iba a decir algo yo lo interrumpo diciendo.

- Disculpe, como ésta es una librería, creí que podría conocerlo además, me dijeron que él era dueño de una librería.

-¿No sabe cómo se llama?

- Me dieron el nombre, pero lo olvidé.

- Yo conozco una persona que escribe versos, se llama Oscar.

- Sí, señor Oscar Castro... ¿Dónde lo puedo encontrar?

- Aquí, frente a usted.

Enmudecí. No supe que contestar.

- De manera que usted busca el poema completo del fragmento que usted tiene.

- Sí señor. Hace tiempo que lo busco.

-¿Para qué lo necesita?

- Yo estudio teatro y el profesor nos pide poemas para leerlos y declamarlos correctamente, para que el mensaje del poeta llegue claro y perfecto al espectador. Por eso quiero que el fragmento esté en mi lista de estudio ¿Cómo se llama el poema completo?

- Tiene seis fragmentos, se llama Poema de la Tierra, es muy largo.

- No importa. Quiero tener el poema completo.

¿Tiene usted inconveniente en cedérmelo?

- No; pero no lo tengo conmigo. Si usted puede volver para llevarse el poema completo mañana vuelva a la hora del cierre 7:30 .

Fui al día siguiente y al subsiguiente, así hasta completar la semana. Cada día no faltó la causa para olvidar lo que yo tanto deseaba.

Después de hora y media de caminar y conversar por esas calles rancagüinas me dejaba cerca de mi casa a las ocho de la tarde. Toda vez su despedida era una promesa para el día siguiente que sin falta, llevaría el poema completo.

El paseo de siete y media a ocho nos daba oportunidad de ir, a través de preguntas y respuestas, conociendo nuestro entorno y nuestras actividades culturales y sin darme cuenta, poco a poco iba entrando en su vida de todos los días. En aquella semana fue relatando el por qué de cada fragmento de aquel hermoso y profundo poema de la tierra... Aquellas calles del Rancagua de entonces. Aque-

llos atardeceres al encuentro de la noche era como si un velo sutil nos fuera envolviendo. Su lento caminar y su voz emergiendo del silencio se escuchaba como un murmullo.

- Los viñedos, los trigales, los sauces quedaron en mis ojos de niño; en mis sueños o desvelos se acurrucaban en un rincón de mi corazón. Al día siguiente todo era mío y una alegría, sin aparente motivo, me obligaba a correr y subir de un salto, al carretón panadero de mi tío Alejandro; y nos íbamos al campo entregando el pan de cada día en la casa de cada inquilino.

-¿Usted nació en el campo?

- No. Yo nací aquí en Rancagua.

-¿Tiene más poesías escritas?

- Sí; pero no tienen importancia. Son temas sin valor.

- ¿El poema de la tierra sólo se refiere al campo? ¿O a la tierra, no más?

- A la tierra no más; pero en diferentes etapas.

- Yo he leído a muchos poetas, pero todos escriben al amor, a la mujer, a la madre. Yo creo que usted es el único que le escribe a la tierra.

- ¿Por qué lo hace?

- Porque la amo... Porque me alimenta; por que me da la belleza, a través, de los árboles; los atardeceres. ¿Usted ha mirado el cielo en las noches rancagüinas? es de azul profundo y sobre ese azul infinito las estrellas danzan y coquetean. La tierra me manda a los oídos, a través, de las aves la música del amanecer, el ruido del arroyo, donde el agua cristalina baja de la montaña. La brisa canta y juega con las hojas de los árboles. Todo esto me lo envía, tal vez un Ser Divino, a través, de la tierra y sus hijos. La amo porque soy de greda y algún día dormiré en sus entrañas.

POEMA DE LA TIERRA

I

Tierra, como si fueras mi corazón, te quiero.

Para decir tú salmo sobre ti me levanto.

Alzo la frente, pero mis pies en ti reposan.

Soy el tallo moreno en la espiga del canto.

Tierra de los viñedos, tierra de los maizales
rientes y jocundos, ancha tierra del campo,
para apretarte toda contra mi pecho duro,
alargaría en ríos melodiosos mis brazos.

Prolongación de ti, todavía conserva
tu morena humedad este vaso de arcilla.
Si el corazón desnudo cayera en cualquier surco,
te enjoraría toda de rosas porpurinas.

Tierra mía, mi tierra con olor a vendimias,
sabor del fruto dulce y del agua que bebo,
el día en que tu entraña me recoja y me absorba,
te habré devuelto sólo todo lo que te debo.

2

Tierra humilde y reseca del patio de la casa,
pintada por la sombra de movedizas parras.
Tierras sin horizontes, heredad que termina
Junto a la vertical tierra de las murallas.

El sol de acuesta en ella, como un perro, a la siesta.
La luna le derrama sus linos y sus platas.
Grisés guijarros duermen junto a sus partiduras.
Sobre su rostro caen hojas y sombras de alas.

Dura como las manos del destino y la angustia,
y en la actitud divina del que sufre y se calla,
debe sentirse, cuando maduran los luceros,
fondo del pozo de la noche milenaria.

3

Tierra de los caminos del mundo entero. Tierra
hollada por las bestias grises y por los hombres.
Tierra por donde pasa la cosecha olorosa.
Polvo que va marcando la angustia de los pobres.

Franja de tierra, única de todos en el mundo,
siempre abierta y leal como una mano buena.
Previo de los poetas y de los vagabundos
que no tienen «en dónde reclinar la cabeza».

Yo me arrodillaría, y para darle sombra,
plantaría en su orilla mi huerto de poemas:
Pasarían los hombres, cogerían las flores
y las irían, luego, deshojando en la tierra.

Yo, que nací desnudo y que nunca he tenido
más que un surco de angustia y un sembrado de estre-
llas,

pienso que si no hubiera caminos polvorosos,
no habría poseído ni una cosa en la tierra.

La codicia del hombre desdeñó los caminos.
Pueden pasar por ellos, enemigos y hermanos.
¡Ah, si la tierra entera fuese un camino inmenso,
todos podrían ir cogidos de la mano!

Bajo el asfalto duro de las ciudades duermes,
escondida del sol y lejana del viento.
Tierra de las ciudades, te vendaron los ojos
para que no miraras la sonrisa del cielo.

Sufres por los trigales que no fructificaron,
deslumbrados de sol, sobre tu pecho inmenso.
Y te clavan la entraña dolorosa y mordida,
los tallos sin raíces de los postes eléctricos.

Tierra mía, los hombres te olvidaron. No sienten
tu temblor en el surco, tu fragancia en el viento.
Y ni siquiera puedes besarles las rodillas:
entre ellos y tú, está la losa de los templos.

Yo sentiré por todos. Me tenderé de bruces,
hasta que me perfumes la sangre y el aliento.
¿En qué rincón humilde florecerá un rosal,
cuando tú seas toda de asfalto y de cemento?

5

Tanta sangre caída sobre la tierra. Tanta
vida segada cuando su aurora comenzaba.
Todo por el anhelo de poseer la tierra
y de alzar en la tierra fronteras y murallas.

Tierra escupida de blasfemias y sollozos,
de pólvora y de sangre, tierra de las batallas,
después que te mordieron y te dismantelaron
¿cómo podrá tu entraña florecer rosas blancas?

Las manos de los muertos, las bocas de los muertos,
se apegaron a ti, sangrientas y crispadas.
Te cubrieron entera de huesos y cenizas,
te quemaron los bosques, te enturbiaron a las aguas.
Y tú, piadosamente, recogiste la sangre
para elevarla al sol, dulce y purificada.
¡Oh, melódico viaje de la savia en los troncos,
rumbo al retoño niño o a la flor deslumbrada!
Yo no sé qué designio preside tus alquimias.
Luchan por ti los hombres, tierra de las batallas
Luchan, y no comprenden que cuando a ti se fundan,
te les entregarás, morena y perfumada.

Tierra los ojos y las manos,
húmeda tierra el corazón,
tierra la carne de la amada,
tierra fragante la canción.

Tierra los cuerpos en la cópula,
encegecidos de hambre y sol:
tierra sufriente y dolorosa,
tierra con sangre de Dios.

Solloza el mundo en nuestra tierra,
y las estrellas, y la flor,
y la palabra de los vientos
y todo rosal interior.

Y esta tierra con que sufrimos,
nos impide toda ascensión,
y toda ala caída en tierra
se nos pudre el corazón.

Tierra las manos de la amada,
tierra su cuerpo de alba y sol,
tierra sus ojos dolorosos,
temblor de tierra su temblor
en el instante del vencimiento,
tierra otoñal su extenuación.

¿Será de tierra el pensamiento
y será tierra la emoción?

Transcurrieron siete días y el tan deseado poema completo no llegó, ni tampoco yo podría seguir esperando. El día sábado le dije al poeta.

-Señor Castro, agradezco mucho la promesa, que todas las tardes usted me dijo de traer el poema que yo deseaba tener completo. Y como me he dado cuenta, que es un poco difícil obtenerlo me volveré a Santiago el próximo lunes.

Guardó silencio; me miró, fijamente a lo ojos y me di cuenta que los suyos eran de un hermoso color verde. Su mirada tenía una mezcla de tristeza y ternura. No tenían el brillo y alegría, como en las tardes en que fue entregando su diario vivir y sus fantasías.

- Así es que se va el lunes. ¿Se puede saber a qué hora?

- Más o menos a las dos de la tarde- contesté algo

confusa; con la esperanza de que quizás, si en el último momento el poema llegaría completo a mis manos.

- Entonces podría concederme autorización para despedirme y, para el recuerdo de los últimos momentos de este Rancagua minero, le llevaría el poema completo; que en un halo de triza nos envolvió y los silencios fueron muchísimos más largos que en los paseos acostumbrados. Antes de retirarse, preguntó:

-¿Cómo se llama su papá?

-Manuel.

-¿Dónde trabaja?

-En la imprenta El Regional, en la calle O'Carrol.

-La conozco. Gracias.

-Más o menos a las diez de la mañana del día lunes fue a verme.

-¿Siempre tiene viaje a las dos de la tarde?

-Sí; no puedo seguir faltando a mis quehaceres, sobre todo mi estudios.

-Tiene razón, debe irse. Pero...

-Si me jura que lo traerá.

Lo juro. Esta mañana, sin su permiso fui, a conversar con su papá, a la imprenta. Le hablé de un problema que tengo. Dijo que nos encontraríamos en la plaza a las cuatro y media. ¿Usted me acompañaría? Algo fuerte corrió por todo mi cuerpo.

-Sí

-En la conversación con su padre, la actriz principal es usted.

-Porqué o... qué pasa? ¿Qué le dijo a usted?

-Que quería casarme con usted.

-¿Qué cosa? ¿Qué dijo?

-Su padre dijo que sí a mi pedido

-¿Qué pedido? No entiendo.

-Es fácil de entender. Yo dije a su padre que deseo casarme con usted y él dijo que bueno.

¿Usted dijo que quería casarse conmigo?... pero ¿por qué? Porque la quiero, la necesito y porque me hace falta.

Todo esto era tan imprevisto, tan raro que no entendía nada... Lo que fue claro para mí: no regresé a Santiago y tampoco tuve en mis manos el poema de la tierra...

Pasaron algunos meses antes de enfrentarnos a la realidad de nuestro matrimonio. El tiempo había

pasado, Oscar en casa de su madre y yo con mi madre a una cuadra de distancia.

Oscar con un amigo arrendaron un caserón que, en un principio, fue curtiembre con una piscina donde se lavaban los cueros. Años más tarde fue escuela primaria. La mitad para cada uno, un lado con seis piezas para cinco personas, el otro lado para nosotros, con doce piezas; ocupamos una que daba al corredor de salida a la calle. Era una pieza cómoda; pero no teníamos nada que poner dentro. Una semana después nuestro cuarto había cambiado completamente. Un regalo de la hermana mayor de Oscar no pudo ser más oportuno: un catre de fierro pintado de color verde; en forma y altura mostraba que era una pieza milenaria digna de conservarse en un museo de antigüedades; una mesita redonda y crespita; rastro de goteras que cada invierno tenía que soportar; una silla coja que debía apoyarse en la pared y evitar que nadie la ocupara. Un mantelito bordado con mucho amor por mí, sobre el un florero de greda que sostenía, con orgullo un ramo de cardenales rosados y rojos cortados en la noche anterior, del jardín de una vecina. Así se abría el paréntesis de mi vida de esposa que no tuvo oportunidad de pololear, que no supo lo que sentiría una novia en proceso de ser esposa. Todas esas cosas las viví después del matrimonio. Mi madre se vino a vivir con nosotros, solucionando todo el problema de casa; útiles y dinero enviado por mi padre. Oscar entregó a mi madre el dinero para comprar mi primer par de zapato de medio taco Cortó mis rizos que yo envolvía con un firme pasador imitando un moño; me convenció depilar mis cejas y me regaló el primer lápiz labial. En medio de todas estas transformaciones no hubo resistencia. Pasado el tiempo puso en mis manos un poema, que según él, había sido escrito cuando me conoció. Al leerlo encontré que entre el poema y la realidad había dos océanos de distancia. Pero como fantasía o como un sueño lo sentí bello.

No, no fue así la realidad fue muy distinta al poema fue un largo estudio de su quehacer y su pensar. Adivinar cuando la piel de su rostro palidecía. Aprender juegos infantiles; bolitas, volantines, trompo etc. Sentir y comprender su silencio. Su conversación era suave y lenta de pronto repe-

tía una metáfora que había pasado sin ser advertida, si era un ruido, una forma, un recuerdo que de pronto se hacía presente o era ya un poema florecido. Cuando en los paseos nocturno aparecía la descripción o el nombre de alguien, era porque un cuento o una novela estaba germinando.

El dolor, la angustia, la inseguridad estaba siempre al acecho. Las necesidades materiales no alcanzaban a ser un problema angustiante. Todo eso, alguna vez tendría su fin.

La España de aquellos días estaba envuelta en la espesa niebla de una revolución, como música de fondo se oían el ruido de tanques y metralletas; quejidos, gritos de protestas y sangre corriendo y manchando el suelo de España. Y ese dolor, de allá lejos se repetía en el corazón de Oscar, noches enteras con sus amigos, Nicomedes Guzmán, Edmundo Concha, Félix Miranda, Raúl González Labbé reformaban el mundo y la humanidad, cuando el amanecer asomaba lentamente tras la montaña, recién se daban cuenta que la discusión no tenía valor alguno, que todo era inútil. Se iban los amigos y él continuaba caminando alrededor del comedor.

-Oscar, ven a descansar un poco.

-Es difícil descansar. No puede uno desentenderse de lo que está pasando en el mundo., Imagínate esta revolución de España se va a convertir en el campo de guerra de toda Europa, ya verás.

-Pero eso está tan lejos de nosotros.

-Quizás que cosas le espera a América Latina. No podemos, por el momento, predecir; pero la Bota puede llegar en el momento menos imaginado. Los niños ¿Te has dado cuenta? por el momento son los de España, después serán los de Europa entera, todos los niños del mundo detendrán sus rondas.

Poco tiempo después, de esta conversación la noticia del fusilamiento del poeta español Federico García Lorca. Oscar Castro, no hizo comentarios, su rostro fue empalideciendo. Y comenzaron de nuevo los paseos nocturnos con largos silencios.

Tomó un trabajo extra cuya finalidad era unos pesos más para llevarme a Santiago a ver a Margarita Xirgú, que estrenaba las obras del gran dramaturgo Federico García Lorca.

La poesía y el teatro de este gran creador entró a nuestro hogar con todo su arte y con toda su España.



Isolda Pradel

*BALMACEDA.
EL HOMBRE.
de FÉLIX MIRANDA
SALAS*

Por LUIS AGONI MOLINA

En un pasado ya lejano alguien afirmó que Chile era un país de historiadores. Quizás en esa época tal afirmación tenía alguna base de verdad, porque lo que es hoy los aficionados a la historia son escasos y los historiadores propiamente tales se pueden contar con los dedos de la mano. En Rancagua, hasta la década del 80, me atrevo a afirmar que también hubo un historiador de verdad: FÉLIX MIRANDA SALAS, a quien conocí personalmente durante los últimos años de su vida y supe, por lo tanto, de sus desvelos por desentrañar los sentidos

ocultos y visibles de los personajes y hechos que van conformando la historia de los pueblos. Fue, además, un activo «inútil» que conoció a Oscar Castro y compartió con él durante muchas jornadas de amistad y cultura.

Acabo de releer el mejor libro que nos dejó Félix Miranda Salas: *BALMACEDA. EL HOMBRE*, publicado por Editorial Quimantú, en marzo de 1973, ¡en una edición de 8.000 ejemplares! (¡Dios Santo, cuánto hemos retrocedido! Ahora son considerados best sellers los autores que a la cuarta edición llevan vendidos 5.000 textos en todo el país). Se trata de una obra de mediana extensión (160 páginas) que muestra de modo irrefutable las relevantes dotes de historiador y escritor que tenía don Félix. Para comprobarlo, basta con examinar la estructura y el desarrollo documentado de los hechos que narra y su lenguaje que a ratos bordea lo literario, tanto por su amplitud y belleza como por su capacidad de ahondar en la vida interior del Presidente mártir.

Como buen historiador y para que comprendamos mejor por qué Balmaceda fue como fue e hizo lo que hizo, nos ubica primero en el contexto social, político y cultural de la época inmediatamente anterior a la juventud del personaje. Al respecto señala: «La batalla de Lircay, de abril de 1830, consagra «el peso de la noche», con el dominio político de la clase terrateniente que lo asume y lo acrecienta, pero es la Constitución Política de 1833 la que le da el carácter autocrático y una influencia al conservantismo, que robustece el mayorazgo y el poder eclesiástico» (pp.- 15-16). Por otro lado, en lo espiritual y cultural, todavía se vive dentro de una atmósfera romántica que atrae sobre todo a la juventud sensible y estudiosa y donde se exalta principalmente la libertad, la justicia, el amor y el destino trágico.

Balmaceda, en consecuencia, no podía ser ajeno ni a lo uno ni a lo otro. Nacido en 1838, éste fue el mundo que le tocó vivir y en él se esforzó por cumplir la misión para la cual en su momento se sintió llamado. En efecto, el autor sólo narra a grandes rasgos su infancia y juventud y muy pronto se detiene y ahonda en el período en que aparece el político, es decir, cuando ya se acerca a la Presidencia de la República y la mención de misión es asumida en plenitud. ¿Se trata, en concreto, de una

misión política? Obviamente que sí, pero de la alta política, aquélla de que se valen los grandes hombres como un instrumento para hacer avanzar la sociedad de su tiempo y conducirla a niveles superiores de mayor libertad, justicia, progreso, cultura y bienestar. Pero ello siempre tiene su precio y a veces ese precio es la propia vida, tal como le ocurrió a Balmaceda en 1891 y a Salvador Allende en 1973, pues «el peso de la noche», cuando disminuye, lo hace habitualmente en contra su voluntad.

Poco a poco y a lo largo de emotivas páginas, nos vamos compenetrando de una época donde se agudizaron los conflictos políticos y sociales al punto de desencadenar una guerra civil entre el Parlamento y el Gobierno encabezado por Balmaceda. ¿Qué fue lo que hizo este hombre para generar tanto odio en su contra? Algo tan simple y tan peligroso como herir ciertos intereses, motivado por un profundo y sincero amor a nuestra Patria. Allá en el norte, Mister North, el Rey del salitres, vio con muy malos ojos las intenciones del Presidente de lograr un mejoramiento de los obreros de las salitreras y, más aún, imponer una mayor intervención del Estado en esos territorios de blanca riqueza. Acá en el centro, los políticos vendidos al poder casi omnímodo de ese inglés ambicioso y maquiavélico, se unieron con los terratenientes y las cúpulas de la iglesia católica para impedir los planes del gobernante. Para ello no trepidaron en enlodarlo y traicionarlo, y cuando vieron que no era fácil lograr su caída, se levantaron en armas en su contra. Dos batallas -Concón y La Placilla- dieron finalmente el triunfo a los sublevados congresistas. Entonces Balmaceda, casi abandonado por todos, con la excepción de su familia y de algunos amigos, se asila muy secretamente en la Legación Argentina y allí permanece varios días esperando que llegue el 19 de septiembre de 1891, fecha en que expira su mandato constitucional. Mientras tanto, los vencedores lo buscan para lincharlo, los más audaces arrasan con sus bienes, la chusma saquea sin control y las nuevas autoridades matan, encarcelan y exilian sin remordimiento alguno. El Presidente, no obstante, aún tiene ánimos para promulgar algunos decretos y redactar su testamento político. En la mañana del 19 se suicida y se con-

vierte en el primer Presidente mártir de nuestra historia. Su destino trágico -romántico en el fondo- se había cumplido.

Ha pasado más de un siglo y hoy ya es unánime el reconocimiento de la grandeza de Balmaceda. ¿Sucederá algún día lo mismo con Salvador Allende? ¿Estaremos condenados a repetir la historia con nuevos Presidentes mártires?

FELIX MIRANDA SALAS.

Historiador

SU ORIGEN. Nació el 3 de junio de 1900 en Rancagua; sus estudios secundarios los realiza en el Liceo de Rengo y su labor funcionaria en el Servicio de Tesorerías de importantes ciudades del país. Desde temprano empezó su afición a la historia; incansable lector, investigador y conversador con quienes algo podían aportar en la temática costumbrista y de los desconocidos acontecimientos de su región. Las largas y solitarias vigiliadas de estudio, compaginación y redacción de sus textos ocuparon ampliamente su vida, de manera que las ediciones que alcanza son el fruto de su constante aplicación.

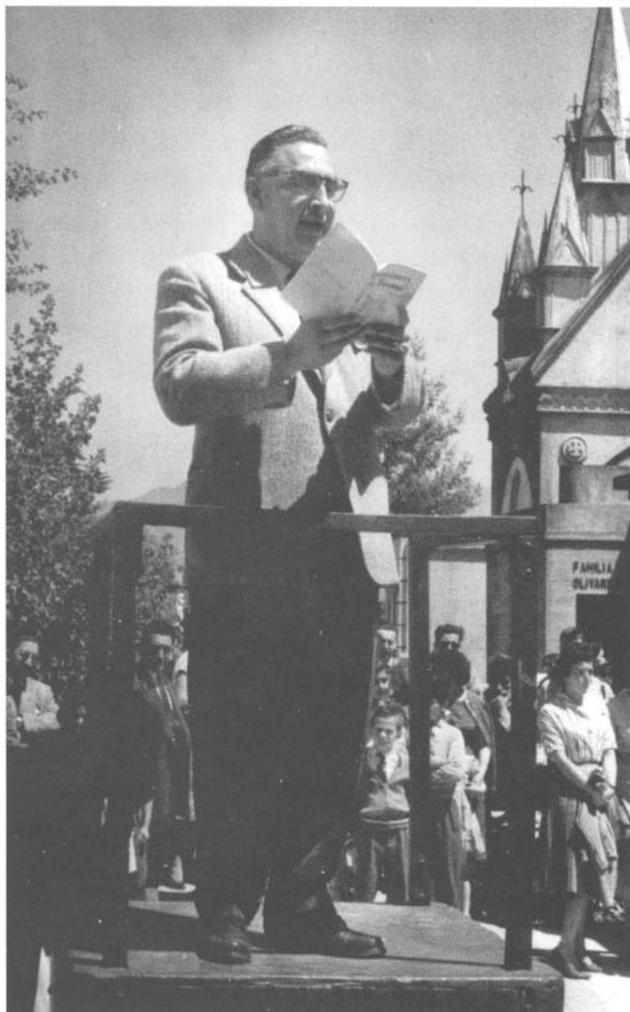
Sin pretender quebrar la modestia y falta de ambiciones en proyección y reconocimiento que hemos vivido y observado en las provincias, en Félix Miranda nos encontramos con un genuino y destacado representante de un movimiento que surge de manera anónima, pero que deja profunda huella. Nombres como Oscar Castro, Gonzalo Drago, Raúl González, Oscar Vila, Baltazar Castro, Manuel Méndez, Luis Gaona, son algunos de los que han perdurado al paso del tiempo por su persistente preocupación en la literatura regional: Félix Miranda, en la crónica histórica. Cada uno de estos nombres vivieron gozosos, en comunidad, preocupados del estudio a fondo de los sucesos que podían captar, y que eran llevados por sus dilectos amigos de la capital del país, cada fin de semana, compartiendo de esa amistad y del entorno campesino. Esos días que se proyectaron por muchos años, fueron una realidad maravillosa que el mis-

mo paso de los años y la ausencia de sus personajes han olvidado.

Los acontecimientos que preocuparon a Félix Miranda al escribir las páginas de análisis literario del poeta Oscar Castro Zúñiga lo llevan hasta el aula universitaria ⁽¹⁾ y a la enseñanza secundaria, mostrando lo que era la vida intelectual en provincia, sus instituciones y sus hombres. No es habitual que los originales de estos personajes, cuando llegan a la senescencia, sean respetados, conservados, facilitados para nacer de nuevo como importante aporte a la realidad que en vida nos dejara en textos publicados, conferencias o participación en instituciones culturales; tan sólo por esa circunstancia, los esfuerzos que la Fundación Oscar Castro; la hija del autor, señora Silvina Miranda y su familia; corporaciones como el grupo Los Inútiles, amigos, autoridades, han valorizado convenientemente la importancia de adicionar a las publicaciones que en vida materializara el señor Miranda, aquellos textos que inéditos han sobrevivido al paso de los años y la poca ejemplarizadora desidia a los valores intelectuales.

SU PRODUCCION LITERARIA. Le corresponde incursionar en la historia regional y de preferencia en la historia de Rancagua mucho antes de que surgieran otros autores que han continuado aquella senda que ya dejara señalada, que ha concluir o lo debiera, en un renovado impulso de investigación y difusión de los acontecimientos pasados, que complementen el orgullo del éxito económico que los renueva, por ser consecuentes de las directrices enmarcadas por muchas generaciones de emprendedores ciudadanos, autoridades competentes, instituciones y esa inquietud editora nunca desfallecida, que representan las obras de sus escritores.

Durante una treintena de años, publicó: *Rancagua (Apuntes para una historia)*, 1943; *Santa Cruz de Triana (Rancagua durante la Colonia)*, 1956; *Crónicas de Rancagua*, 1966 y un segundo tomo de *Crónicas de Rancagua*, 1974. Asomándose a la historia nacional publicó su biografía titulada.



Balmaceda, el hombre, en 1973 y dejó inédito y a punto de editar, *Vargas Vila, vida y obra de un combatiente*, y *O'Higgins, el hombre*. Con respecto a esta serie de obras, son una recreación en busca de lo que pudo haber sido el hombre con -sus ideas, sus preferencias, sus patriotismo, su audacia, su fe en Chile. No hay en esas páginas intención política. No se compara a Balmaceda a político alguno. Es él. Y basta para su grandeza.⁽²⁾ Otro tanto podría significar el texto premiado por la Sociedad de Escritores, o la admiración con que enfrenta desde los hechos históricos con respecto a nuestro creador de libertad y administración autónoma, Bernardo O'Higgins.

La inquietud literaria que hemos encontrado enmarcada en un período y en el diseño de un li-

(1) Salón Honor Universidad de Chile, 1º Abril 1949.

(2) El Mercurio, 1975. Hernán del Solar.

bro, se ve ampliada con los artículos que recogen los periódicos, las audiciones de radio informando de la amplia gama del acontecer intelectual y artístico de la provincia o bien las conferencias en universidades, liceos, instituciones gremiales y mutualistas.

Con estas obras y realizaciones, Miranda Salas coloca la primera señal de existencia de su rica e importante región, en instantes en que pocas de ellas contaban con una relación de su acontecer iniciado desde su origen. Muchas veces ataca un capítulo desde una sucesión de conversaciones, sean ellas orales o escritas, y en aquel desarrollo va intercalando la observación ajustada y comprometida, la información encontrada en un olvidado documento, o el estudio de un erudito colega, que pasó por el tema dejando un rincón que precisa de su atinada observación o mayor preocupación. Lo absorbe el embrujo de la edición como elemento difusor del pensamiento y nos dice que -la atracción sólo pueden comprender quienes han estado en medio de ellos y permanecen allí casi toda una vida. La significación del conocimiento y del pensamiento escrito nos pone en contacto con el mundo de la cultura y su expresión universal, y el gozo supremo surge cuando sentimos el aliento inmaterial que ilumina con su luz mágica nuestro pensamiento. Nos sumergimos nosotros mismos y somos absorbidos por el reposo y la contemplación de un mundo que está más allá de nuestro mundo.

COMENTARIO. La sola enunciación de sus propósitos en cuanto a la forma de ver los acontecimientos históricos, enmarcados en las lecturas e influencias de sus colegas europeos a quienes seguía y daba a conocer, nos posesiona ante textos rigurosos, de claridad de estilo y del lenguaje, como de un profundo amor a su región. Ubicado en la posesión de ensayista no maneja la documentación histórica como recopilación de sucesos, sino que analiza, reflexiona y nos muestra aquellos acontecimientos asociados a un presente muy próximo. Desde su posición de empecinado lector se camina visualmente al pasado y se ubica en un presente muy conocido para señalarnos los valores y acontecimientos que han de guiarnos con una apertura de bella historia de origen. Ese refugio de su pre-

historia que avanza en tiempos modernos como árido desierto, es un refugio para Miranda Salas pues le entrega posibilidades valederas de conservar su existencia mucho más allá de su presencia física, como en esta ocasión, deja vigente la invitación o convite para junto a su caminar y su crónica de buen historiador, visualizar las imágenes del valle del Cachapoal, de las Angosturas o de las bodegas del Conde y muchos otros lugares.

Ese amor a su tierra es tan marcado y enfermizo que se torna un historiador que cuesta robarle un párrafo o un dato para referenciarlo en otro trabajo de investigación, por serle tan propio, en seriedad conceptual y nobleza de lenguaje, pero también de sencillez de estilo; esas mismas características tan marcadas nos han desalentado en nuestros propios textos por no alcanzarle el caminar que nos deja obligadamente señalado. Aquellos matices poéticos tan sutilmente encontrados en algunos capítulos quedan muy bien mezclados entre la exactitud histórica, la observación precisa del entorno o de la vigencia humana en el lugar, que de alguna manera nos dejara seña de su permanencia.

Cuando este autor personifica como lo hace con su obra *Balmaceda, el hombre*, libro muy escaso, nos presenta adecuadamente una época que ha debido reestudiarse pues son páginas extraordinarias en que la lucha política ahí realmente comprometida por el partidismo, cae ante el peso de los hechos y la proyección que asume con el tiempo, de pleno reconocimiento para Balmaceda. Puede haber sido cierta similitud con el período en que se edita y haberlo señalado expresa y destacadamente el que confabulara a su detracción y crítica, pero los aspectos humanos del personaje, sus atribuciones y conducta de mandatario debieron siempre haber sido respetados y éticamente defendidos. Un ejemplo de la evolución que sufre la historia con incorporación de documentos oficiales facilitados al análisis y la proyección de esos fenómenos que otorga el tiempo e importancia evolutiva del período presidencial, llama a la posteridad a reconocer los grandes servicios prestados al país, con sacrificio personal y en este caso de su propia vida, para venerar, reconocer o enaltecer nombres notables de uno de sus principales hijos de fin del siglo pasado.

La creación de núcleos de trabajadores que por la producción mayoritaria en el país como era el salitre, tiene en esas páginas destacada presencia pues por su poder económico se les culpa a su ejecutor y propietario de entrometerse indebidamente en la administración política del país; aquella definida y real crítica es una de las razones del debilitamiento del poder presidencial que concluye en un momento cíclico de desorden institucional que no debemos olvidar y tratar de salvar oportunamente cuando otras particulares similitudes se repiten en el tiempo y aquella experiencia nos señala el camino desviado, sus posibles ventajas pero sus amargas consecuencias.

RECONOCIMIENTOS. En 1956 se le otorga la condecoración «Santa Cruz de Triana», por la Ilustre Municipalidad de Rancagua, en consideración a su larga labor, silenciosa y tesonera, para la his-

toria de su ciudad. En junio de 1970 el grupo «Los Inútiles» lo condecora con el «grillo de oro». En noviembre de 1980, cuando el autor cumplía ochenta años, se le tributa un homenaje conjuntamente con el poeta Juvencio Valle, también miembro del grupo, por sus seis décadas entregadas a la disciplina histórica o poética, con fecunda labor de generosa realidad en sus libros, crónicas, charlas e inquietudes gremiales y culturales.

CONCLUSION. Cabe reconocer en la obra de Félix Miranda, sus estudios sobre Oscar Castro Z.; la difusión de la historia local y regional, todas ellas, entregadas en un pulido y ameno lenguaje en páginas que deben ser rescatadas para que recobren su vigencia y así hacer justicia, en una de las más preclaros hijos de la región.

René Leiva Berríos



OSCAR CASTRO ZÚÑIGA

EXPOSICION CUATRO ESCRITORES DE LA LITERATURA CHILENA

**Roque Esteban Scarpa
Mariano Latorre**

**Manuel Rojas
Oscar Castro Z.**

Altamente significativo fue participar en la iniciativa emprendida por el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional, encaminada a presentar una exposición completa que tuviera como motivación, la vida y la producción literaria de tan destacados exponentes. El éxito de la muestra se sustentó en la labor que los miembros de esa unidad de estudios desarrollaron complementando recopilación, concepto y presentación del material recolectado, cuya construcción final correspondió al Departamento de Diseño de la institución.

Previamente se convocó a participar y colaborar público y privadamente en la preparación de la exposición «considerando que el patrimonio literario que la Biblioteca Nacional posee de estos connotados escritores es escaso, el Archivo del Escritor se ve en la obligación de recurrir a todas las instancias posibles, para presentar, en forma digna, la labor literaria desarrollada por Oscar Castro Z., y los demás autores. Es así como se solicita colaborar a incrementar esta muestra, con material consistente en: primeras ediciones, fotografías, manuscritos, correspondencia, etc., que ciertamente enriquecerán el homenaje.

Lo anterior, en el convencimiento de que gran parte del legado producido por el autor rancagüino se encuentra en colecciones de particulares e instituciones.

La solicitud fue atendida por la señora Isolda Pradel, viuda del poeta Castro; por el señor Hernán Navarro Guzmán, amigo personal del escritor y miembro destacado del grupo literario Los Inútiles; y por el investigador literario René Leiva, autor del libro: *El minero en Oscar Castro*.

De esa forma, el Archivo del Escritor de la DIBAM, conformado por el poeta e investigador Tomás Harris; la diseñadora gráfica señorita Claudia Tapia; y el investigador, editor y Conservador del Archivo, don Pedro Pablo Zegers, lograron constituir una selección de material gráfico dedicado a recordar a Manuel Rojas, Mariano Latorre, Roque Esteban Scarpa y el poeta de Rancagua Oscar Castro.

A la inauguración oficial de la exposición realizada a mediodía del 31 de julio de 1996 en dos amplias salas de la Biblioteca Nacional, asiste una comitiva, en representación del Grupo Los Inútiles, presidida por el doctor **Juan Villalobos N.** y su esposa; del miembro de la Academia de la Lengua, periodista don Héctor González Valenzuela; de las profesoras Eliana Vigorena y Vania Urrutia; de los escritores Edmundo Concha y Fernando Riveros; de los colaboradores a la exposición: Hernán Navarro, René Leiva e Isolda Pradel.

Posteriormente, en el mes de noviembre, una versión abreviada de la muestra completa selección de la gráfica fue expuesta en el Museo de Rancagua, con lo cual la comunidad local pudo conocer el material gráfico en gran tamaño, libros, objetos y originales.

